

La Gracia Divina en la Muerte

Cómo nos transformamos espiritualmente cuando vamos a morir

Una entrevista con

Kathleen Dowling Singh

Por Gilles Bédard

KATHELEEN DOWLING SINGH Ph. D. posee una extensa formación y experiencia, tanto en psicología transpersonal, como en numerosas tradiciones espirituales. La doctora Dowling trabaja con pacientes terminales en un gran hospicio en el suroeste de Florida que se dedica al cuidado de este tipo de pacientes y regularmente dirige audiencias sobre la muerte, pacientes terminales y sobre este tipo de instituciones.

En su libro, escrito de manera hermosa y brillante, *Kathleen Dowling Singh* ilumina las profundas transformaciones psicológicas y espirituales experimentadas por pacientes agónicos, a medida que el proceso natural de la muerte los reconecta con el origen de su ser, examinando el fin de la vida a la luz del entendimiento psicológico actual, del saber religioso y de la ciencia médica compasiva. *The Grace in Dying* ofrece un profundo y fresco mensaje de esperanza y valor al contemplar el significado de nuestra mortalidad.

Mientras la tradición médica occidental que prevalece hoy en día ha considerado a la muerte como un enemigo contra el que hay que luchar y vencer, Singh ofrece un camino de entendimiento más enriquecedor y gratificante. Combinando una extensa formación y educación en psicología evolutiva con una profunda perspectiva espiritual, equilibra análisis expertos con conmovedores hechos extraídos de su experiencia trabajando con cientos de pacientes terminales en el gran centro de cuidados paliativos.

Singh va más allá de las 5 etapas de la muerte revelados en el clásico de Küber-Ross **On Death and Dying** y encuentra en la “experiencia de proximidad a la muerte” etapas mucho más significativas y transformadoras de rendición y trascendencia. Estas etapas involucran las características de la Gracia Divina: dejar ir, resplandor, centrarse interiormente, un sentido de sagrado, sabiduría, intensidad, y finalmente, una fusión con el espíritu. A través de este intenso proceso, llegamos a experimentar finalmente la realidad de nuestro verdadero yo, el cual trasciende nuestro ego finito y cuerpo, del cual nos originamos. Morir es seguro.

En un lenguaje claro y no técnico, Singh revela las transformaciones que vienen con el proceso de muerte, utilizando tanto un vocabulario del creciente occidente, como de la sabiduría de oriente.

Escrito para aquellos que están conscientes de que sus vidas están llegando a su fin, para aquellos que se preocupan por los enfermos terminales y, finalmente, para todos nosotros que inevitablemente enfrentamos nuestra propia muerte y la de aquellos que amamos, **La Gracia Divina en la Muerte** revela que morir es la experiencia de vida más transformadora, poderosa y espiritualmente enriquecedora.

¿Cómo comenzó a trabajar con pacientes terminales?

Siempre he trabajado como consejera con un énfasis psicoespiritual. Es decir, que la gente con la que he trabajado han sido básicamente personas normales, que poseen un nivel bastante

saludable de funcionamiento y con un deseo de experimentar un significado más profundo y una conexión presente con lo sagrado. Me he interesado en hacer este trabajo desde que comenzó el movimiento del hospicio en Connecticut en 1974. Me atrajo esta noción, inspirada por su propósito y convencida de que en el filo entre la vida y la muerte, las personas se acercarían cada vez más hacia lo profundo. Me gusta trabajar y estar en lo profundo. Es donde la persona que soy está cómoda y un lugar en el cual soy capaz de ofrecer consuelo. En los últimos 6 años en el hospicio en Florida, he encontrado una gran belleza en el trabajo y considero este tiempo como uno de los períodos más transformadores de mi vida. Se vuelve muy difícil decir quién está “dando”, quién está “ayudando”, cuando se trabaja con personas que están muriendo. A pesar de que las instituciones para pacientes terminales aún tienen un largo camino en integrar las dimensiones espirituales de la muerte a práctica cotidiana del cuidado del fin de la vida, yo recomendaría hacerse voluntario en una de estas instituciones a cualquiera que desee una experiencia de vida más profunda.

Usted tiene una extensa formación y experiencia, tanto en psicología transpersonal, como en tradiciones espirituales. ¿Cómo se relaciona esto con su trabajo y su vida?

Primero que todo, permítame dar una breve descripción de psicología transpersonal para aquellos que desconocen el tema. La psicología transpersonal combina las perspectivas de la psicología evolutiva y profunda de occidente con las perspectivas de la psicología mística o espiritual, perfilada en las tradiciones sagradas de sabiduría del mundo. Entonces, es el estudio del sentido humano de identidad, a medida que se desarrolla desde la infancia hacia la madurez adulta, donde nos identificamos con el “yo” de nuestro ego y luego, hacia dimensiones de conciencia más allá del sentido personal del yo. A pesar de que cada uno de nosotros hacemos nuestro propio y completamente único viaje, la psicología transpersonal ofrece un mapa de huellas comúnmente reconocidas en este paisaje interno.

Mi formación en la psicología transpersonal me dio un contexto para entender las profundas transformaciones que observo en cientos de personas mientras se aproximan a la muerte y mientras mueren. Observo cómo el sufrimiento psicológico de enfermedades terminales acecha a las personas perdidas del mundo como solían conocerlo y del sentido de yo, con el cual se habían identificado. En cierta forma, se puede decir que vivir con una enfermedad terminal es un proceso de en el cual se va eliminando capa tras capa de quien creíamos ser y comenzamos a vivir un sentido de yo más real, más esencial y, en consecuencia, más amplio.

Treinta años de meditación, me han dado la habilidad de simplemente ESTAR con las personas durante su proceso de muerte, estar con ellos en un estado centrado durante largas horas, participando con ellos tan cerca como pueda en el profundo proceso de transformación que están experimentando. A veces pienso que el recurso humano más subestimado que tenemos es el don de nuestra atención. Cada uno de nosotros sabemos cómo florecemos a la luz del amor incondicional de otro y de su completa atención. A veces, escucho a personas que expresan temor al estar con enfermos terminales: “Pero no sé qué decir.” “No sé qué hacer.” Puedo decirles que no se trata tanto de decir o hacer nada... se trata de estar y de ofrecer el precioso don de nuestra atención. Creo que los años de meditación me permiten estar presente con la presencia de Dios y ofrecer la profundidad central de aquella presencia a la persona que está muriendo. Muchas veces, se siente como si el número total de personas en la habitación cuando estoy con alguien que se acerca a la muerte, es uno. Repito, es difícil saber quién está “dando”.

Ser bendecido con tal experiencia hace difícil separar mi trabajo de mi vida. Están muy entrelazados, generalmente de manera positiva y saludable. La gente generalmente nos

pregunta a quienes trabajamos con enfermos terminales si es un trabajo deprimente. Mi respuesta es simple. No... es complicado, porque estamos inmersos en intensidad y, a menudo, angustia, pero estar completamente presente con alguien es participar en una conexión total que nos nutre a ambos. Algo, que sin embargo, noto en mí y en muchas personas que hacen este tipo de trabajo, es la tendencia a invalidar nuestra propia medida del dolor y preocupaciones. Hay una tendencia a creer "No tengo derecho a quejarme... mira lo que le está pasando a María Soto o a Pedro González." Es un proceso en búsqueda del balance entre estar ahí para otros de manera saludable y de estar ahí para nosotros de manera saludable. A menudo, aunque no siempre, coinciden.

Su libro, *La Gracia Divina en la Muerte, Cómo nos transformamos espiritualmente cuando vamos a morir* es innovador. Va más allá de las cinco etapas definidas por Elizabeth Kübler-Ross en su libro *On Death and Dying*. Usted integra una dimensión más comprensiva al proceso de muerte, incluyendo una examinación del curso y de la dinámica de la transformación en la muerte. ¿Qué la llevó a relacionar los puntos de vista de Kübler-Ross con el trabajo de la psicología transpersonal de, por ejemplo, Ken Wibler y Michael Washburn?

Todos llevamos nuestras experiencias de vida, pensamientos y perspectivas que nos han alimentado, a cualquier experiencia en nuestras vidas. En mi mente, cuando comencé a trabajar con pacientes terminales, estaban las etapas de Kübler-Ross enunciadas en sus observaciones. De alguna manera, siento que ella me permitió ver con sus ojos y poder dar un vistazo más profundo, una mirada más de cerca a por lo que pasa la gente, más allá de la etapa de aceptación. Desde temprano en mi trabajo, comencé a ver que si me sentaba con personas, se podía decir que estaban en la etapa de aceptación cara a cara con su estado terminal, finalmente empezaba a escuchar cosas tales como "Está bien, está bien. Sé que voy a morir. Superemos esto. He aceptado que estoy muriendo. No quiero sentarme a esperar la muerte." Vi que aún había gran angustia aquí y un cierto sentimiento de morir estando vivo. Llegué a ver que aún había mucho trabajo interior que ocurre después de esta etapa de aceptación. Aceptación es una postura de ego. Hay un movimiento fuerte, real y solitario más allá de esta postura, que se interna en las profundidades de la rendición espiritual, es una postura del alma. Veo un punto de regreso en las personas, donde ese poder sobrecogedor, más grande que el propio pequeño sentido de yo, al que se ha resistido tan fieramente y con tanto miedo, comienza a ser reconocido como aquello que siempre hemos deseado. El punto de regreso es desde el retroceso desde el poder de la Base de nuestro Ser o Espíritu abriéndose a ello, reconociéndolo como el propio yo más profundo y recibéndolo con los brazos abiertos. Veo personas que encuentran su "base espiritual" después de ese punto de rendición, relajándose en la gran paz natural como si las dimensiones de lo sagrado que comenzaban a llenar su conciencia fueran una hamaca en la cual podían recostarse, relajarse y experimentar gran seguridad y confort. Veo a personas que viven mientras mueren.

He llegado a conceptualizar las etapas del proceso de muerte en sólo tres: Caos (todos los estados enunciados por Kübler-Ross, más algunas dinámicas profundamente internas involucradas con experimentar la separación y el profundo miedo que siempre acompaña la experiencia de separación), Rendición y Trascendencia.

Me familiaricé con los brillantes puntos de vista de Ken Wibler y Michael Washburn en el proceso de transformación psicoespiritual y advertí que iluminaban este proceso interno más profundo, que las personas experimentan al morir. Primero, pensaba que era arriesgado decir que en el proceso de muerte nuestra conciencia llega a conocer las mismas sutiles dimensiones, saturadas con lo sagrado, conocidas para los santos y profetas y para lo místico a través de la

historia. Ahora, habiendo atravesado la puerta, esta afirmación se abre, y sólo puedo decir, "Por supuesto."

Anteriormente, me preguntó cómo mi experiencia con la práctica espiritual influyó mi percepción de la muerte. He llegado a darme cuenta que, tanto las circunstancias, como las consecuencias del proceso de muerte y la práctica de mediación son idénticas. Esto es un retiro del mundo, un giro hacia adentro, una profundización del sentido de presencia, una postura de humildad, una práctica de silencio, una búsqueda más intensa y profunda en la naturaleza de nuestro propio yo y la experiencia de imágenes visiones y arquetipos. Y en cada proceso, de muerte y de meditación, nos transformamos. En meditación, elegimos transformarnos. En el proceso de muerte, somos elegidos. Cada uno mueve el sentido de "yo" más allá de la identificación contraída con el "quien" personal que siempre pensamos que fuimos.

Consideramos la muerte como tragedia en nuestras vidas. Usted ve la muerte como un viaje seguro y habla de la muerte como un proceso en el cual las características de la gracia divina emergen naturalmente. ¿Podría describirnos las diferentes características de la gracia divina?

Déjeme comenzar por decir que morir no es fácil en la mejor de las circunstancias.

Generalmente hay sufrimiento físico, aunque eso ya no es una excusa. Siempre hay sufrimiento psicológico. Ninguno de nosotros quiere morir. Y el paso desde la tragedia que percibimos cuando escuchamos un diagnóstico terminal hacia la gracia experimentada al acercarnos al filo entre la vida y la muerte, es un paso difícil y solitario, hasta que alcanzamos el punto de Rendición.

He observado dos hechos más consistentemente durante mi trabajo con personas en sus últimas semanas, días, horas y minutos de vida. La primera observación, es que morir es seguro. No importa cuán complicado es el tiempo de enfermedad, el tiempo de morir, en sí, es seguro. Las personas ya han entrado, en el curso de la transformación de la enfermedad terminal, en estado más profundo de conciencia y de una visión más amplia. Su ser ya se ha alejado de la periferia de la vida y se ha internado en el centro. Muchas personas hablan de "descansar en Dios", sintiéndose "llenas de luz", rodeadas por la presencia de los seres amados fallecidos o imágenes amadas de lo Divino. Además, psicológicamente el cuerpo, en su sabiduría natural, se asegura de que el momento de la muerte en sí sea tranquilo. He estado con muchas personas que me han dicho "Estoy sorprendido, me siento seguro." Y con aquellos que no hablan, puedo ver la profunda relajación en sus rostros y en sus cuerpos a medida que se acercan al paso entre la vida y la muerte.

Cuando comencé a percatarme de aquella profunda relajación en las personas muy cercanas a la muerte, me di cuenta de que habían otras características que también podían observar en ellos. En el filo entre a vida y la muerte, características tales como retiro, hacer un giro hacia el interior, resplandor, un profundo sentido de perfección y propiedad, un intenso sentido de saber y de bondad comprensiva y amable, silencio y un sentido de lo sagrado comenzaban a emerger. Estas son características humanas de orden superior, no son comúnmente observadas en la vida diaria o manifestadas en pequeños y contraídos "yo". Son características de la gracia divina. Cada una es una característica de estados expandidos de conciencia e identidad. Su simple presencia sugiere que el Espíritu es su origen.

Me gustaría describir, para cualquiera de ustedes que nunca ha estado presente en una muerte, cómo es. Es complicado, ya que estoy tratando de describir momentos de tal profundidad, que nuestro lenguaje tiene muy pocas palabras para utilizar que sean claras y precisas. El momento

de muerte para un ser humano es íntimo y breve. Se siente como si se hubiera abierto de golpe una ventana, revelando el resplandor de un espíritu fundamental omnipresente que siempre nos sostiene y nos ha sostenido, pero pareciera que simplemente lo hemos obviado en nuestra conciencia del día a día. El Espíritu, esa multidimensional y sagrada Base del Ser, se nos revela poderosamente al momento de la muerte. Tal como el sentido de lo sagrado es palpable en un nacimiento, el momento en que una vida toma forma, el sentido de lo sagrado está sobrecogedoramente presente en una muerte, el momento en el que una vida deja su forma. La característica de luz es diferente, la característica de ser es diferente. Es un momento que es, tanto inexpresable, como inolvidable, profundizando y expandiendo nuestra conciencia, llenándonos de gracia divina y ayudándonos a relajar la contracción que siempre habíamos llamado “yo” en un ser mucho más esencial.

Esta es la segunda observación sobre el proceso de muerte: morir es la más rica, hermosa y poderosa oportunidad espiritual de toda vida, sin importar si la persona que está muriendo alguna vez tuvo alguna práctica espiritual o si alguna vez se inclinó hacia alguna preferencia de Espíritu.

A la luz de su propia experiencia, ¿tiene miedo a morir? ¿De qué manera se prepara para este momento final?

Todos somos seres multidimensionales y yo, como una persona, soy definitivamente un “trabajo en proceso”. Con el grado exacto que todavía me identifico con cuerpo, ego, apegos y miedos; hasta el grado en el que todavía me aferro a lo conocido y familiar y opero bajo la creencia de separación; sí, hasta el grado exacto en el que aún tengo miedo a la noción de muerte. Precisamente, tengo miedo a cómo manejaré el tiempo de Caos. Eso es una parte de mí.

Hay otra parte. He sido bendecida con ricas experiencias de la presencia de Dios, en gran parte de mi vida, y, desde luego, bendecida por mi privilegiada oportunidad de participar en tantas muertes. Mi padre me enseñó a nadar, nadando hacia lo profundo conmigo sobre su espalda. En cierto punto, se sumergió en el agua, dejándome sola en la superficie. Me dijo: “el agua te levantará.” Le creí y tenía razón. Es lo mismo con la presencia de Dios. Creo. Puedo recostarme y descansar en ella. “Me levanta” y tengo mucho tiempo acumulado en mi vida en que esa presencia me ha mantenido a flote. Eso siempre está creciendo en mí y esa parte de mí, en una medida exacta, confía en que me recostaré en la presencia de Dios, como lo he hecho tantas veces a lo largo de mi vida, y en el momento de mi muerte también. Me siento segura, a pesar de esos miedos reconocidos por sobre el hecho de que me fundiré en el Espíritu, como he visto a tantos otros cientos de personas hacerlo ante mí. Imagínense esa comunión.

Thich Nhat Hahn, un monje Budista vietnamita, explica esto de manera hermosa. Dice, “La iluminación para una ola es el momento en que la ola se da cuenta de que es agua. En ese momento, todos los temores de muerte desaparecen. “Mi intención, tanto para mi vida, como para mi muerte, es la misma: estar, progresivamente, más estable y profundo, en la presencia de Dios. La meditación diaria y una oración mántrica (tan constante como puedo recordar) es mi práctica, tanto para la vida, como para la muerte.

Cuando leí *La Gracia Divina en la Muerte*, mientras más leía, más pensaba sobre la gracia divina en la vida. Aunque su libro se refiere a la muerte física, pude relacionarlo con las características de la Gracia Divina y los estados de transformación en cada una de las “pequeñas muertes” de nuestras propias vidas. Con esa idea en mente, ¿Cómo puede la muerte ser una enseñanza para nosotros y traer de vuelta un sentido de sagrado a nuestras vidas?

Ahí hay muchas preguntas. Creo que la gracia divina en la muerte, revelada a nosotros como dimensiones espirituales que se hacen presente en el momento de muerte como un radiante y poderoso esplendor, tiene mucho que enseñarnos sobre la gracia divina en la vida. Estas dimensiones sagradas son siempre esenciales e interpenetrantes, y siempre han estado presentes. Muchos de nosotros sentimos e intuimos que estamos rodeados por esa presencia de lo sagrado y la anhelamos. Pareciera, especialmente en nuestra cultura secular, que hubiéramos perdido la llave.

Vivimos nuestras vidas tan frívolamente, patinando sobre la superficie. Un hombre me dijo, “He vivido toda mi vida como si fuera un ensayo general. Pero morir es muy real.” Morir centra nuestra atención lejos de la periferia de la vida y la enfoca en el centro del Ser. La atención es la llave y en la atención reunida está la puerta. Morir nos lleva a ella, la mediación nos lleva a ella.

Creo que estamos inmersos en un tremendo proceso evolutivo, donde la creciente familiaridad con las dimensiones espirituales de la experiencia de muerte está abriendo nuestros ojos a la gracia divina de vivir, a la poderosa y permanente presencia de lo sagrado disponible en todo momento para todos nosotros. ¿No es irónico que podamos aprender a cómo vivir cuando aprendemos a morir? Los Jesuitas han postulado por mucho tiempo “Dios siempre ha estado escondido a plena vista.”

Usted me preguntó qué nos puede enseñar la experiencia de la muerte física, el fin de la vida en forma corpórea, acerca de todas las “pequeñas muertes” que experimentamos durante el camino. No creo que muchos de nosotros pasemos por la vida ilesos. Hay una parte de mí, en mi separación y en mi miedo, que aún considera que cada cambio es de alguna manera amenazante. La pérdida de un sueño, la muerte de un ser querido, incomprensión, desilusión, experiencias traumáticas, dificultades, nos confrontan en algún momento u otro. Y, a pesar de que este proceso se amplifica durante la muerte de nuestra existencia física por órdenes o magnitud, no podemos imaginarnos en nuestra salud, que cada una de estas pequeñas muertes también demandan que empujemos nuestra conciencia hacia el incómodo abismo de lo conocido, morir hasta el más pequeño yo que creíamos que éramos y emerger hacia una mayor conciencia.

Toda experiencia transformadora tiene los mismos elementos. Toda experiencia transformadora involucra Caos, Rendición y Trascendencia. Cada punto de transición es difícil para nosotros. Caos es lo que experimentamos psicológicamente cuando resistimos lo inevitable. Tendemos a inclinarnos hacia lo conocido. Especialmente cuando nos identificamos en el nivel del ego mental, lo que la mayoría de nosotros hacemos, creemos que somos esta conciencia ordinaria ambulante y la biografía personal que hemos construido en ella. Se requiere coraje para responder al llamado de la vida para morir infinitamente y cada persona junto a la que pasamos por la calle o junto a la que nos sentamos requiere nuestra más profunda compasión y respeto.

El bebé que éramos ha muerto, el niño ha muerto, el adolescente, el adulto joven que éramos ha muerto. Esta adultez madura de nuestro ego morirá también. A pesar de la lucha y resistencia al Caos e, irónicamente a causa de la lucha y de la resistencia al Caos, experimentamos la Rendición y experimentamos la Trascendencia. Llegamos a comprender interiormente, a través de cada “pequeña muerte” muerta plenamente / vivida plenamente, que cada adiós es un hola, cada salida es una entrada, cada exhalación, una muerte, cada inhalación, un nacimiento.

¿De qué forma la muerte ha sido un maestro en tu vida?

Podría fácilmente escribir otro libro para responder a su pregunta. El proceso de muerte me ha dado la mejor lección de mi vida. Morir me ha enseñado sobre el perdón, gratitud, paciencia, amor duradero y sobre la permanente presencia del Espíritu.

El perdón nos libera instantáneamente, nos expande, nos permite morir como una antigua, finalmente irreal e inviable parte de nosotros mismos y nacer en un amor más profundo. La gratitud es la "llave del reino" más consistente que tenemos. Al abrimos a la gratitud, aquella que honra la bondad por la cual estamos agradecidos, es la bondad en nosotros mismos, que por sí sola puede percibir bondad. Estamos mirando en un espejo. Gratitud y gracia divina tienen sus raíces en la misma base y esa base es el Espíritu. La muerte me ha enseñado que cada uno de nosotros está siempre conectado con el amor. Ya sea presente en el cuerpo físico o no, en el amor, siempre hemos estado y estamos, en cualquier momento, en comunión. Por último, he aprendido de la muerte que, aunque nos imaginamos a nosotros mismos como estos pequeños "yo" separados, siempre hemos interpenetrado con el Espíritu, por dimensiones aparte de estas de cuerpos y palabras, dimensiones saturadas con profundidad, con lo sagrado y que nuestro acceso a ellas es tan cerca como esta conciencia del momento presente. Aquella que está mirando es aquella que estamos buscando.

**¿Por qué la gente tiene tanto miedo a morir, incluso pensando en su propia muerte?
¿Cómo pueden cambiar esa actitud y ser más abiertos al "territorio desconocido" que encontrarán en la muerte?**

En cualquier grado en el que hayamos perdido contacto con nuestra Naturaleza Esencial, tenemos miedo a morir. Tenemos miedo a morir porque hemos olvidado quienes somos. Nuestro miedo a la muerte disminuye cuando "aprendemos a morir día a día," cuando en la práctica de la meditación u oración contemplativa o en la práctica de la presencia de Dios morimos como este pequeño yo y entramos a una mayor vida, a una conciencia más profunda. Este "territorio desconocido" que encontramos en la muerte es el paisaje de nuestra alma en medio de la vida, como también en el abismo de la vida.

¿Qué cambios observó que ocurrieron en nuestra percepción de la muerte y de su proceso? ¿A dónde cree que esto nos lleva?

En los últimos treinta años más o menos, la imagen que tiene nuestra cultura de la vida y la muerte se ha transformado de imágenes de oscuridad a imágenes de luz. Este es un cambio dramático con dramáticas implicaciones, ya que las imágenes de una sociedad definen muy poderosamente sus actitudes y comportamientos. Creo que estamos perdiendo las construcciones mentales que teníamos sobre la muerte y el proceso de muerte, tal como el proceso de muerte en sí libera nuestras construcciones mentales y permite expandirnos hacia una visión más profunda y una conciencia más extensa y sutil. Creo que nuestra creciente familiaridad con el potencial transformador de la muerte, con la noción de que morir es incluso más significativamente un evento espiritual que un evento médico, nos permitirá acercarnos a entre nosotros en el momento de la muerte y en la vida, con menos miedo y más claridad, con menos frivolidad y más profundidad, con menos distanciamiento y mayor compasión. Imagínese lo diferente que sería el cuidado del fin de la vida, si hubiera un reconocimiento generalizado, sincero y abierto de que morir es la oportunidad espiritual más poderosa de la vida.

¿A partir de su experiencia, la dimensión espiritual de la muerte y de su proceso está más integrada por las instituciones que se dedican al cuidado de enfermos terminales y por los movimientos de cuidados Paliativos? ¿Cómo se podría incluir esta conciencia en el cuidado médico general, por ejemplo en los hospitales?

Sólo puedo hablar basándome en mi experiencia en las instituciones que se dedican al cuidado de enfermos terminales en los Estados Unidos. A pesar de que hay diversos programas de estas instituciones que son remarcables en su intento por entrenar a su personal y los consejeros pastorales en las dimensiones espirituales de la muerte y en una mayor conciencia por el cuidado emocional, no he encontrado, para nada, a la vasta mayoría de estas instituciones que hayan integrado las dimensiones espirituales de la muerte y su proceso. Ya dicho esto, hay diversos puntos que quisiera aclarar. Lo primero es una aguda crítica. Las pautas de The National Hospice Organisation and Medicare insiste en que algunas de sus instituciones acreditadas ofrecen cuidado espiritual a los pacientes terminales. Muchos hospicios aparentan hacerlo. Se puede decir que numerosas instituciones intencionalmente flotan en el supuesto noble propósito de hacer esto. De todas formas, a decir verdad, no es más que una pincelada y una promesa en este aspecto del cuidado de enfermos terminales. Sé, por ejemplo, de un hospicio que se rehúsa a contratar un párroco (a pesar de que tiene sólo unos pocos “vice presidentes” corporativos), no ofrece preparación en aspectos espirituales sobre la muerte y su proceso, ofrecía un consejero emocional de medio tiempo, en un hospicio al que se le paga por el cuidado de más de tres mil enfermos terminales al año e inculcan a sus trabajadores los clásicos refranes de “costo-eficacia” y “down-sizing” que ningún miembro del personal tiene tiempo o energía para sentarse junto a un paciente agónico (y ese sentarse junto a la persona que está muriendo es el preciso lugar donde ocurre el cuidado espiritual.) Es un gran daño, pretender que los enfermos terminales de los programas de hospicios como éste están recibiendo cuidado espiritual. Deshonra el movimiento de los hospicios, a los enfermos que están muriendo y al Espíritu.

Menos críticamente, diré que todo evoluciona orgánicamente en un movimiento a través de una jerarquía de valores desde lo físico a lo psicológico a lo espiritual. Cierta hospicio y el movimiento de cuidado paliativo han sido los principales responsables en la eficacia actual en el control de la medicación para el dolor y los síntomas. Este hospicio, casi desde su comienzo, ha estado comprometido con el modelo de apoyo psicológico en el proceso de muerte. También he visto, regularmente, que cuando la atención es liberada en el proceso de muerte desde tener que enfocarse en el dolor físico y en los síntomas, cuando hay tiempo y espacio para tomar una medida de resolución de vida, la atención se dirige naturalmente al centro de nuestro ser, al Espíritu. Por lo tanto, quizás, es simplemente un juego de espera: a medida que los hospicios y el cuidado paliativo se vuelvan más adeptos a proveer confort físico adecuado y apoyo psicológico adecuado, la importancia de morir, como primeramente un evento espiritual, emergerá como innegable y se podrá abordar de manera adecuada. Espero con optimismo que esto cambie drásticamente el cuidado del fin de la vida como lo conocemos, en cualquier escenario.

También confío en que el público general comience a informarse más sobre las dimensiones espirituales de la muerte, veremos las raíces de un prado llamarnos a honrarnos y, sabiamente, guiarnos entre nosotros mismo hacia la Clara Luz del Espíritu en el fin de la vida, como también durante ella.